

# Corredores para el tránsito de especies y sueños

STANLEY ARGUEDAS

"Don Mario, ¿qué es eso del Corredor Biológico Mesoamericano (CBM)?" "Pues muy fácil - me contestó-, que un mono se suba a un árbol en el sur de México y llegue a Panamá sin bajarse al suelo". Ésta fue la primera definición de corredor biológico con la que me enfrenté en mi vida y me la proporcionó Mario Boza cuando me explicaba cómo funcionaría el CBM que en aquella época, a principios de los noventa, era solo una idea y ahora es una interesante iniciativa regional.

Conectar... esa parece ser la consigna, con la esperanza del tan ansiado flujo genético y de la sostenibilidad ecológica del sistema natural. Pero claro, todo tiene pros y contras, así que también parece que los corredores son formas de exponer más los recursos del área a posibles amenazas, además de aumentar el tan no deseado efecto de borde. Un corredor de chanchos de monte, ubicado a lo largo de un pequeño bosque de galería, es una trampa mortal para ellos cuando ese flujo es descubierto por los cazadores. También hay que pensar en si los supuestos "usuarios" de esos corredores en realidad los usan. Cuando se hizo un estudio para determinar la conectividad real del corredor biológico entre el Parque Nacional Corcovado y el Parque Nacional Piedras Blancas, se vio que no había signos de que las especies bandera de ese corredor, los felinos grandes, transitaran por él. ¿Sería ése el fin del proyecto? Claro que no, porque este concepto guarda algunos secretos que veremos más adelante.

En los últimos años hemos iniciado una desesperada carrera por la implementación de corredores biológicos, con toda la buena fe y la intención de cuidar las migraciones y los movimientos en general de las especies, así como su intercambio genético. Pero en realidad este asunto es más viejo de lo que parece en el país. El Parque Nacional Braulio Carrillo, creado en los años setenta, se diseñó bajo la lógica de proteger las partes altas de la Cordillera Volcánica Central, motivado esto por la inminente apertura de la carretera. Luego, los estudios realizados en la Estación Biológica La Selva, en Sarapiquí, demostraron las migraciones altitudinales de

algunas especies entre ese sitio y la zona que comprendía entonces el Parque, lo que dio pie a la ampliación de éste con la compra de una franja que unió la parte alta con la Estación Biológica La Selva, convirtiéndose ella en uno de los corredores biológicos pioneros del país.

Pero hay una gran diferencia entre la táctica planteada para consolidar el corredor biológico en el Braulio Carrillo y la usada para consolidar el Corredor Biológico Mesoamericano. Por esa razón, hablando en términos prácticos, podríamos hacer una diferencia entre un corredor *genérico* y uno *especiecentrico*. El genérico sería el que simplemente conecta dos biomasas con el objetivo de facilitar los procesos de intercambio genético sin importar de qué tipo sean, solo importando contar con la alternativa de conexión, ejemplos del cual son el CBM y la mayoría de los diseños de corredores biológicos propuestos para conectar las áreas protegidas del país. Y el especiecentrico sería el diseñado para el movimiento de una especie de flora o fauna predeterminada, caso en el que el diseño del corredor deberá ajustarse a los requerimientos de esa especie en particular, y ejemplo del cual es el corredor diseñado para proteger la migración altitudinal del quetzal en Monteverde. Quizá bajo esta lógica también podrían clasificarse como tales los mecanismos que se usan para proteger el paso regular de animales por las carreteras, como los túneles y los cordones entre árboles colocados en Manuel Antonio para proteger el paso del mono tití.

Adicionalmente, podríamos hacer una diferencia entre el corredor biológico *público* y el corredor biológico *privado*. El *público* sería aquel que está dentro de un área silvestre de propiedad estatal, como el mencionado Braulio Carrillo, también el formado por los parques nacionales Guanacaste y Santa Rosa y, asimismo, el constituido por la combinación de los parques nacionales Tapantí-Macizo de la Muerte-Chirripó con el Parque Internacional La Amistad, cubriendo la parte alta de la Cordillera de Talamanca, entre otros muchos más. Todos estos corredores están protegidos por estar dentro de una categoría de manejo de protección estricta. Y el *privado* vendría a ser el clásico corredor que pasa por propiedades privadas sobre las que el gobierno no tiene ingerencia directa, por lo que los esfuerzos de conservación están promovidos por incentivos de diferentes tipos y no por imposiciones regulatorias como en el caso

---

Stanley Arguedas es coordinador técnico de la Escuela Latinoamericana de Áreas Protegidas de la Universidad para la Cooperación Internacional.

anterior. Pero esto implica que su protección es directamente proporcional al nivel de incentivo que tenga el propietario, lo cual puede variar con el tiempo, positiva o negativamente.

No creo que como país tengamos la capacidad instalada para monitorear el uso real que den las especies a los más de 50 corredores diseñados en el territorio nacional para la conexión de áreas silvestres, así que posiblemente la gran mayoría de ellos clasificarían como corredores de tipo *genérico*. Tampoco podemos convertirlos a todos en nuevas áreas silvestres públicas, así que son y seguirán siendo corredores de tipo *privado*, o sea, operando bajo el sistema de incentivos. Lo cual significa que no estamos seguros de que estos más de 50 corredores biológicos diseñados en Costa Rica sean efectivos - desde el punto de vista de la conectividad ni de que estén o se mantengan protegidos. Entonces, surge la pregunta: ¿de qué estamos seguros?, ¿vale la pena el riesgo y el esfuerzo de hacer estos corredores si no sabemos su efectividad real? La respuesta depende de las experiencias de cada uno y, en mi caso, es sí. Yo no creo que se pueda demostrar que todos sean 100 por ciento efectivos desde el estricto punto de vista de los objetivos biológicos que tienen esas iniciativas, pero sí creo que son muy efectivos para crear movimiento social alrededor del tema.

La formación de coaliciones como la que agrupa al Corredor Biológico Paso de la Danta, en el Pacífico Central, la hecha para el Corredor Biológico entre el Parque Nacional Corcovado y el Parque Nacional Piedras Blancas, en la Península de Osa, la conformada pa-

ra el Corredor Biológico San Juan-La Selva y muchas otras más que hay en el país son la muestra del poder de convocatoria y agrupación que se ha formado alrededor de este concepto.

Numerosos proyectos de conservación en el Pacífico Central han sido producto del Corredor Biológico Paso de la Danta, la propuesta de creación del Parque Nacional Maquenque es un sueño transitando por el Corredor San Juan-La Selva, el ordenamiento territorial y la consolidación de la Reserva Forestal Golfo Dulce son proyectos importantes del corredor entre los parques Corcovado y Piedras Blancas. De la misma forma, podríamos enumerar en muchas de estas iniciativas esfuerzos y productos concretos realizados.

Que en reuniones de este tipo de coaliciones la gente de las zonas rurales hable de corredores, de proyectos y de soluciones a problemas de conservación es en realidad un logro importante. Como también lo es que agrupaciones de conservación rurales tengan como objetivo prioritario la consolidación de esas iniciativas, como es el caso de Asana, Abas y otras, implementando para ello proyectos con las comunidades y generando conciencia y discusión sobre el tema.

Me parece que toda esta efervescencia social alrededor de los corredores biológicos es un fenómeno importante e interesante de evaluar y monitorear. Y transiten o no las especies silvestres por esos corredores, lo que sí es evidente es que por ellos transitan ideas, sueños y proyectos que a la postre serán también de mucho beneficio para los esfuerzos de conservación del país.



A. BAKER